

HERBERT E. BOLTON: LEGADO, PRECEDENCIAS, RESONANCIAS Sentido y alcances de una revisita

Esta obra es el fruto de los esfuerzos de un grupo de investigación interdisciplinario e internacional sobre la temática de las fronteras en América Latina. En concreto, reúne la mayor parte de las contribuciones que integraron el VIII Simposio Internacional del Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNSAM (Argentina), realizado en Buenos Aires a mediados de 2013, incluyendo, además, otros aportes elaborados especialmente para el libro, los cuales se derivan de actividades del mismo grupo de trabajo.

El objetivo del encuentro fue el de robustecer un espacio de reflexión colectivo y transnacional consagrado a debatir aspectos conceptuales y empíricos en torno a la problemática de las fronteras en América, en estrecha conexión con las peripecias de la historia de la historiografía americanista y latinoamericanista, y muy vinculado, también, al tratamiento de la problemática concerniente a la relación entre las distintas zonas del continente y la experiencia de la modernidad.

Al diseñar el encuentro de 2013 se consideró no sólo pertinente sino además estimulante situar las indagaciones bajo la inspiración suscitada por la evocación de la figura del historiador estadounidense Herbert E. Bolton. Como se recordará, a comienzos de la década de 1930, Bolton pronunció un discurso ante la American Historical Association, bajo el título “The Epic of Greater America”.¹ La formulación boltoniana, que postulaba que una historia común de las Américas no sólo era posible, sino además necesaria, perfiló un

¹ BOLTON, Herbert E., “The Epic of Greater America”, en *The American Historical Review*, Vol. 38, Issue 3, abril de 1933.

verdadero programa de investigación, inspirando abordajes de la historia continental, por ejemplo, los patrocinados por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH). Paralelamente, fue dando lugar a una rica serie textual de aristas polémicas. “¿Tienen las Américas una historia común?” es el título de un importante ensayo de Edmundo O’Gorman, crítico de la tesis boltoniana, publicado en 1942 (con un antecedente, más breve, y menos logrado, fechado en 1939).² Es, asimismo, el título de un volumen compilado pocos años después por el conocido historiador hispanista e hispanoamericanista estadounidense Lewis Hanke.³ También es el título de un artículo del historiador británico John H. Elliot, publicado en el número seis de la revista mexicana *Letras Libres*, de junio de 1999, edición dedicada a “Las dos Américas”. El sentido de la formulación original y el de los sucesivos jalones de la saga polémica a la que dio lugar son indisociables de los respectivos contextos geopolíticos; sin duda, la propuesta de Bolton debe considerarse una estación del panamericanismo y, más específicamente, del giro de la disposiciones estadounidenses hacia América Latina conocido como “política del buen vecino”.

No es ocioso recordar aquí que, en un artículo publicado hace más de una década, Horacio Crespo se preguntaba cuáles podían ser los criterios historiográficos para “fundamentar” la historiografía latinoamericana, una historiografía que, incluso en sus obras más difundidas y celebradas, rehúye, embotada tras un velo de autocomplacencia su capacidad crítica, el esfuerzo de reflexionar sistemáticamente acerca del sentido de su propio quehacer: ¿historia de América?, ¿histo-

² O’GORMAN, Edmundo, “¿Tienen las Américas una historia común?”, en *Filosofía y Letras*, núm. 6, México, 1942. El antecedente: “Hegel y el moderno panamericanismo”, en *Letras de México*, vol. II, núm. 8, México, agosto de 1939.

³ Hanke, Lewis, *¿Tienen las Américas una historia común?*, Diana, México, 1966 [1ª ed. en inglés, 1964].

ría de América Latina?, ¿historias de qué?, ¿desde cuándo, hasta dónde, para qué...?⁴

Con el paso del tiempo, “The Epic of Greater America” fue adquiriendo estatuto de referencia clásica. Actualmente puede encontrarse fácilmente en Internet. Lo mismo sucede con las reflexiones con las que L. Hanke presentó su compilación. Este doble hecho, simple pero verdadero, propició que los editores del volumen desistiéramos de concretar una de las intenciones originales del proyecto: la de volver a publicar dichos materiales. Trabajar a Bolton, en torno a Bolton, para reflexionar sobre los fundamentos de una historia de la experiencia latinoamericana, tal el sentido de esta iniciativa.

* * *

La primera parte del volumen está dedicada a contextualizar y analizar la propuesta boltoniana: sus antecedentes, su sentido, las iniciativas y contrapuntos polémicos que, de modo más o menos directo, se inspiraron en ella.

El estudio de Horacio Crespo es una aproximación a la figura, el itinerario y la obra del historiador estadounidense. Crespo revisita “la cuestión Bolton”, abrevando en los abordajes clásicos sobre su figura, itinerario y obra —en particular, aunque no exclusivamente, en los trabajos de John Francis Bannon—, y considerando, también, la biografía de Albert Hurtado, dada conocer en fecha más reciente. Entre los aspectos destacables de la aproximación de Crespo se

⁴ CRESPO, Horacio, “En torno a la fundamentación de la historiografía latinoamericana”, en DE LOS RÍOS, Norma e Irene SÁNCHEZ RAMOS (coords.), *América Latina: historia, realidades y desafíos*, México, UNAM, 2006. Recogido luego en *En torno a la historiografía latinoamericana. Conceptos y ensayos críticos*, Universidad Autónoma del estado de Morelos, Cuernavaca, 2017. Disponible en <https://www.teseopress.com/historiografia/>

cuenta la puesta de relieve de una serie de precedencias de los afanes boltonianos no demasiado conocidas en nuestro medio. Las referencias a Francis Parkman, Reuben Gold Thwaites y a la tradición historiográfica ligada al catolicismo del sudoeste estadounidense –emergen allí los nombres de Adolph F. Bandelier y Frank Hamilton Cushing– enriquecen el panorama más habitual, consistente en asociar, no sin razón, los afanes boltonianos a los nombres de Walter Prescott Webb y, sobre todo, de Frederick Jackson Turner. Otro aspecto sobresaliente de la contribución de Crespo es su énfasis en la temática de la conformación de las colecciones documentales, en este caso, las adquiridas por universidades como Texas y Berkeley, donde transcurrió la parte más importante de la carrera académica de Bolton. Crespo ofrece un balance equilibrado del legado boltoniano, atento a sus aristas paradójales: audaces, innovadores y estimulantes, los aportes de Bolton lucen insuficientes en lo que respecta al tratamiento de temáticas significativas para la sensibilidad historiográfica de nuestros días.

En diálogo con los parámetros de intelección establecidos por el estudio de Crespo, se despliega el racimo de contribuciones que le siguen. Israel Quevedo nos invita a un viaje en el tiempo orientado a explorar los orígenes de la erudición estadounidense sobre el espacio iberoamericano: redes interpersonales de librereros, diplomáticos y escritores, circulación de materiales, formación de colecciones, organización de fondos documentales. El cuadro que surge es fascinante. Asociado a la imaginería romántica y a la dilección por los motivos hispanoárabes, está habitado por personajes como Obadiah Rich (1783-1850), Washington Irving (1783-1859), George Ticknor (1791-1871), William Prescott (1796-1859), todos originarios de Boston. Quevedo llama la atención sobre los nexos entre aquellas iniciativas de los bostonianos y el largo proceso de conformación de colecciones documentales en la propia España.

Guillermo Nájera examina similitudes y diferencias entre los abordajes de la cuestión de la frontera por parte de Bolton y su maestro Turner. Si ambos coincidieron en llamar la atención sobre la importancia de los espacios fronterizos para (re)pensar la historia de los Estados Unidos, difirieron en el modo de concebir la frontera. En efecto, Turner tendió a visualizar la frontera como franja de contacto con unas “tierras salvajes” en constante movimiento, destacando su papel en la conformación del carácter estadounidense (rudo, práctico, eficaz, individualista). Bolton, en cambio, centró su atención en la historia de los espacios antes controlados por la corona española, poniendo de relieve la singularidad de esa presencia –caracterizada, entre otras cosas, por el despliegue de *la misión*, organismo clave desde el punto de vista de la preservación, cristianización, “civilización” e integración de los indígenas en el nuevo tipo de sociedad. Nájera ofrece un balance matizado de todo ese legado: aun si remarcables, los aportes de ambos autores han sido objeto de cuestionamientos de distinto orden.

El capítulo elaborado por Ricardo Salvatore aborda los orígenes y proyecciones de la *Hispanic American History* estadounidense, aportando elementos fundamentales para la apropiada restitución del contexto en el cual emergió la propuesta boltoniana. Destaca Salvatore que el proyecto de la *Hispanic American History* existía, al menos, desde 1918, en estrecho vínculo con los objetivos de la diplomacia cultural del panamericanismo. En esta línea de reflexión, caracteriza a la iniciativa de “historia imperial” o “US-céntrica”, advirtiendo sobre los riesgos que puede entrañar su revitalización actual, bajo nuevas designaciones. Con lucidez crítica, Salvatore señala que la revisión atenta de lo acontecido en aquel periodo clásico revela que ese tipo de iniciativas en principio exclusivamente académicas son difícilmente dissociables de una determinada geopolítica del conocimiento. Entre otras cuestiones, el aporte de Salvatore hace referencia al nexo

entre aquel ideario y la fundación del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH), en cuyo seno se gestó el Programa de Historia de América, bajo la dirección de Silvio Zavala y Arthur Whitaker. Interesa retener el señalamiento de Salvatore según el cual a mediados de siglo se registraron esfuerzos orientados a pensar una posible una civilización americana, como el de Charles Griffin.

Alexander Betancourt ofrece una minuciosa descripción, documentalmente fundada, del proceso de conformación del IPGH en general y del Proyecto de Historia de América en particular. Por su parte, Ignacio Sosa se esmera en clarificar algunas de las nebulosas terminológicas y conceptuales implicadas en este contrapunto de propuestas que involucraron tanto a la disciplina histórica como a las ciencias sociales. Es de gran interés el modo por el cual Sosa enhebra las que denomina “tres réplicas” a Bolton: la de Edmundo O’Gorman, la de Silvio Zavala, la de David Brading. Por lo demás, las reflexiones de Sosa sobre las diferencias entre historia regional e historia nacional poseen gran actualidad; su lectura atenta no puede más que enriquecer el debate al que convida el aporte de Salvatore, comentado hace un momento. Sosa piensa que hoy es necesaria una historia hemisférica, una historia de la globalización, capaz de superar las limitaciones propias de las historias nacionales.

Andrés Kozel examina en su contribución los puntos de vista de Edmundo O’Gorman sobre la propuesta de Bolton. El caso de la “ecuación O’Gorman” es realmente interesante: no exenta de inconsecuencias, inestabilidades, paradojas y aporías, es una posición tan crítica de la tesis boltoniana cuanto de los significados habitualmente asociados al identitarismo latinoamericanista clásico.⁵

⁵ Sobre la historia y el significado de estos conceptos, véase ARDAO, Arturo, “Panamericanismo y latinoamericanismo”, en ZEA, Leopoldo (coord.), *América Latina en sus ideas*, Siglo Veintiuno Editores / UNESCO,

La segunda parte del libro está consagrada a explorar una amplia serie de cuestiones ubicables en algunos de los filones abiertos por Bolton, o que pueden, no sin beneficios analíticos, emparentarse con ellos.

El capítulo que abre la sección constituye un ejemplo excelente de abordaje de un filón boltoniano de estremecedora actualidad: la frontera entre Estados Unidos y México. Con precisión y sentido histórico, Carlos González Herrera muestra sentidos, funciones y articulaciones de la frontera (que en inglés se desdobra en *border* y *frontier*) a lo largo del tiempo. Destacan en su texto la mención a los “descensos” del turnerismo a la “vida real”, así como la puesta de relieve del papel desempeñado por el racismo, tanto del “popular” como del institucional-estatal. González Herrera recorta la especificidad del aporte de Bolton en esa dinámica, refiriendo además las nuevas aproximaciones que en las últimas décadas han contribuido a “descongelar” el estudio de la temática del “laboratorio” fronterizo —entre los deconstructores de los viejos mitos, González Herrera menciona, en lugar prominente, a Patricia Limerick y Richard Slotkin.

El capítulo elaborado por Victoria Crespo recupera la experiencia intelectual del seminario “Democracy in the Americas”, dirigido por Andrew Arato y David Plotke en la New School for Social Research en Nueva York (2002 y 2004), y del que la autora formó parte. El seminario constituyó una iniciativa relevante y verdaderamente original de comparación entre las Américas en clave sociológica y politológica. Los postulados de Bolton estuvieron presentes entre las

México, 1986. Sostiene Ardao que si América o Panamérica connotaban una región geográfica, América Latina, era, en aquel momento, una nacionalidad en proceso histórico de organización. En un señalamiento altamente pertinente, Ardao recuerda que Martí se refería a “las dos nacionalidades de América”, p. 170.

líneas inspiradoras de la experiencia, siendo superados únicamente por los de otra figura pionera del comparatismo: Alexis de Tocqueville. ¿Cómo podría escribirse una “historia común” del presidencialismo, el populismo y la dictadura en ambas Américas? “Mismos procesos, diferentes historias” es una imagen poderosa y estimulante para comenzar a avanzar hacia una respuesta.

Irving Reynoso estudia las políticas del gobierno de los Estados Unidos en relación con las tribus indígenas. Se trata de una cuestión boltoniana por excelencia: recuérdese que, para Bolton, la institución hispana de *la misión*, con su tratamiento particular de los indígenas, había sido un rasgo específico de la empresa de colonización española en los vastos espacios del septentrión mexicano. ¿Qué puede decirse hoy acerca de lo sucedido en los Estados Unidos? Por razones complejas, que Reynoso se ocupa de despejar para cada marco contextual, y donde el “racismo teológico” de rai-gambre calvinista desempeñó un papel, los indígenas no fueron integrados a la sociedad estadounidense, sino que fueron exterminados o excluidos. Situado en la estela de Bolton, el aporte de Reynoso acude a datos, conceptos y referencias actualizados, y se revela más acorde a la sensibilidad historiográfica y cultural de nuestros días.

También se revela más acorde a la sensibilidad de nuestros días el sugerente capítulo elaborado por Karina Bida-seca, en el cual se nos ofrece un rico panorama de los variados cauces del feminismo decolonial, donde la articulación género/sexo/color/raza va produciendo un entretreji-do de posiciones y contrapunteos polémicos de gran interés. No estamos aquí ante un tema prototípicamente boltoniano; sin embargo, los vínculos entre los movimientos feministas de ambas Américas –destacando el papel de las “mujeres de color” o dinámicas como las del “feminismo chicano”– conforman un territorio propicio para formular-se interrogaciones emparentadas con la posibilidad de tra-

zar “historias comunes” o en las que las interconexiones desempeñan un importante papel.

Diana Pérez Gerardo emprende una revisión de la producción académica reciente sobre el corpus de obras escritas sobre América entre los siglos XVI y XVIII. Con agudo sentido crítico, la autora denuncia la profusión terminológica, el culto a la novedad, la formulación de dicotomías insuperables, la propensión al esencialismo, el desconocimiento recíproco, etc., cuestiones que no pueden pensarse adecuadamente sin tomar en consideración una serie de dinámicas promovidas por el mundo universitario y editorial de los Estados Unidos, el cual hegemoniza los saberes relativos a la otra América. La autora pone de relieve una situación paradójica: aunque comprometidos con causas justas, los intelectuales poscoloniales, muchos de los cuales residen en los Estados Unidos, tienden a reproducir en la práctica una suerte de colonialidad académica. El señalamiento enlaza con la problemática, indicada líneas arriba y evidentemente crucial, de la geopolítica del conocimiento. No parece posible pensar a fondo las relaciones entre “las Américas” sin prestarle a este tema la debida atención.

Los capítulos elaborados por Javier Gómez Monroy y por Gustavo Morello se adentran en el análisis y en las posibles proyecciones de la obra de un pensador clave: Bolívar Echeverría. Echeverría es clave aquí no tanto porque haya en sus desarrollos tributaciones boltonianas –no las hay–, sino por la condición original y penetrante de sus conceptualizaciones sobre el proceso de mestizaje cultural (“codigofagia”), sobre el *ethos* barroco, sobre el papel de la Compañía de Jesús en la América colonial, entre otros aspectos dignos de nota. Gómez Monroy esclarece los análisis que Echeverría dedicó a una figura tan emblemática como Malintzin, pasando luego a reflexiones de mayor alcance. Por su parte, Morello ofrece una lograda síntesis de los aportes echeverrianos, centrándose en la pregunta acerca de si es imagina-

ble una modernidad alternativa a la modernidad capitalista. En ambos casos despuntan interrogantes relativos a cómo pensar el mundo actual, más concretamente, el lugar de las entidades histórico-culturales particulares ante el “acoso globalizante”, de signo transnacional, aunque mayormente enraizado en la experiencia estadounidense.

Marcelo González recupera en su texto otra experiencia intelectual clave, la del encuentro *Theology in the Americas* (Detroit, Michigan, 1975). Tras hacer referencia, primero, al clásico binarismo por el cual se contraponen la catolicidad/latinidad de una América a la protestantividad/sajonidad de la otra y, seguidamente, a la serie de señalamientos a los que se acude para horadarlo, González refiere la existencia de flujos religiosos recíprocos de larga data. Seguidamente anota, con razón, que la novedad del encuentro de 1975 residió en que, entonces, el flujo se orientó en la infrecuente dirección sur-norte: se recepcionaba en los Estados Unidos una teología de origen latinoamericano, la teología de la liberación. El aporte de González destaca el carácter exitoso, creativo y seminal de aquel singular proceso de recepción, para concluir con una reflexión que, con base en el denso estudio empírico que la precede, tematiza la vigencia relativa de, si se nos permite la expresión, un “dualismo bien temperado” y “preservador de la diferencialidad” para pensar la relación entre las dos Américas y sus historias.

* * *

En suma, el presente volumen trata sobre Herbert E. Bolton, sobre su provocadora tesis, sobre las antecedencias de la misma, sobre sus “efectos” en términos de cristalizaciones y tramas polémicas. Trata, también, sobre sus resonancias en unos quehaceres actuales orientados a la deconstrucción de viejos mitos, a la renovación de enfoques, a la

construcción de nuevos objetos de estudio, al procesamiento intelectual de nuevas inquietudes sociales. Trata, asimismo, y algo más pretenciosamente, sobre lo que podría definirse como una problemática de fondo, que todavía está vigente, y que puede decirse de varios modos: ¿qué es América?, ¿de cuántas Américas corresponde hablar?, ¿cómo ha de abordarse su interrelación?, ¿cómo ha de pensarse su lugar en la historia del mundo?, ¿cómo su sitio en la experiencia de la modernidad?

Hay, en efecto, toda una serie de problemáticas conexas a las cuestiones de la “historia común” y de las “dos Américas” —o las “cuatro Américas” mentadas por Germán Arciniegas— que interesa considerar. Entre ellas se cuenta el denso debate sobre América Latina como conjunto civilizatorio específico, tema ligado, a su vez, al de las características, sin duda que históricas y, por tanto, historiables, del *ethos* latinoamericano, católico-mestizo, eventualmente contrapuesto al protestante, calvinista. La cuestión remite, en parte, a las clásicas formulaciones de Max Weber sobre la ética económica de las religiones universales y sobre el origen del capitalismo, así como también a las apropiaciones y controversias que las mismas fueron suscitando a lo largo de un siglo. ¿Hace falta recordar que el estudio que abre *La ética protestante* comienza con una referencia a datos estadísticos indicativos del desempeño económico diferencial de protestantes y católicos en la Alemania de la época? ¿Es preciso volver a decir que, en los años subsiguientes, Weber estuvo tan interesado en el misticismo ruso que llegó a plantearse el proyecto de escribir un libro sobre Tolstoi...? Distintas vertientes del cristianismo, distintos comportamientos económicos, distintas expresiones artísticas...: “diversidades culturales esenciales” escribe el erudito Enrique Gavilán.⁶

⁶ WEBER, Max, *Sociología de la religión*, Traducción y edición de Enrique Gavilán, Ediciones Akal, Madrid, 2012, la expresión entrecomillada, en

En la década de 1960, Fernand Braudel, quien no era precisamente un admirador de Weber, dedicó capítulos enteros de su importante manual *—Las civilizaciones actuales—* a pensar la contraposición entre las dos Américas en clave civilizacional: de un lado, el conjunto de las maravillosas realizaciones, de la “vida futura”, el Nuevo Mundo por excelencia; del otro, el conjunto dramático, desgarrado, en lucha consigo mismo, la “segunda América”.⁷

Hacia 1980 Richard Morse escribió su breve pero denso ensayo *El espejo de Próspero*, donde podemos leer expresiones como las siguientes: “Nuevo mundo, dos mundos”; se trata de ir “en busca de premisas latentes de las dos principales aventuras civilizadoras de Europa en América”; “porque [si] los ingleses compraron el paquete ‘moderno’ y se convirtieron quizás en los más ‘modernos’ de los europeos [...] Los iberos fueron más cautos [...] Iberia reformuló y mantuvo alternativas del periodo formativo de la cultura occidental que tienen un interés cada vez mayor para los grandes dilemas de hoy”.⁸ El esfuerzo intelectual desplegado por Morse en ese pequeño pero intenso libro sigue llamando nuestra atención.

Más recientemente, Samuel Huntington insistió sobre el punto en su conocida obra sobre el choque de las civilizaciones. Para este autor,

Latinoamérica se podría considerar, o una subcivilización dentro de la civilización occidental, o una civilización aparte, íntimamente

la p. 21. Véase, también, GIL VILLEGAS, Francisco, *Max Weber y la guerra académica de los cien años. La polémica en torno a La ética protestante y el espíritu del capitalismo (1905-2012)*, El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, México, 2013.

⁷ BRAUDEL, Fernand, *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*, Editorial Tecnos, 1983, Madrid, caps. XX a XXIII [1ª edición, 1963].

⁸ MORSE, Richard, *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1982, pp. 17; 24; 28-29, etc.

emparentada con Occidente y dividida en cuanto a su pertenencia a él. Para un análisis centrado en las consecuencias políticas internacionales de las civilizaciones, incluidas las relaciones entre Latinoamérica, por una parte, y Norteamérica y Europa, por otra, la segunda opción es la más adecuada y útil.⁹

Siendo importantes, estos aportes no son los únicos; además, y como sea, no son sumables sin más. Pero en ellos parece prevalecer la tematización del dualismo o contraposición –la imagen de “las dos Américas”– por sobre el acento en las semejanzas –el tópico de “la historia común”–. De hecho, en la historia de la cultura latinoamericana pueden encontrarse decenas de fórmulas que han elaborado el abanico temático implicado en las formulaciones referidas. Cabe hablar, incluso, de verdaderas “sagas simbólicas”. Su estudio sistemático puede ser pensado, incluso, como un criterio para (re)organizar creativamente la historia del pensamiento latinoamericano, y no sólo la historia de la historiografía. Abordajes de propuestas clásicas, como las de José Martí, José E. Rodó, Pedro Henríquez Ureña, José Gaos, Leopoldo Zea, Víctor Raúl Haya de la Torre y otras, pueden salir enriquecidos acudiendo a esta plataforma interrogativa. Aportes más recientes, como los de Bolívar Echeverría –lector incisivo de Weber y de Braudel, de Marx y de Benjamin– sobre el *ethos* barroco pueden ser, quizá, mejor apreciados atendiendo a este prisma. Como puede notarse, la tesis de la “historia común”, aun si estimulante, ocupa más bien el lugar de la provocación y la controversia intelectual: lo quiera o no, se enfrenta a una entera tradición, despareja y heterogénea, pero consistente en lo que respecta al núcleo de la cuestión que estamos considerando.

Hay también discusiones más particulares, y más susceptibles de ser saldadas empíricamente, aunque de no menor

⁹ HUNTINGTON, Samuel, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2015, p. 52. [1ª ed. 1996].

relevancia, que de modos característicos empalman con la imagen de “las dos Américas”, con el tópico de la “historia común” o, al menos, con la noción de las historias interconectadas o entrelazadas. Las mismas versan, por ejemplo, sobre la función de las fronteras en ambas experiencias de colonización, sobre la renovación de los estudios sobre los distintos tipos de opresiones y resistencias activada en las últimas décadas por el enfoque poscolonial/decolonial, sobre las relaciones político-diplomáticas entre las Américas –y aquí hay que situar no solamente los análisis de la geopolítica sino además cuestiones como el imperialismo, el antiimperialismo, al antiamericanismo y sus derivaciones y connotaciones–.¹⁰

Más allá de todo ello, el punto sobre el cual aquí vale la pena insistir aquí, dado su carácter crucial, y dada, además, su condición potencialmente vertebradora de programas y proyectos de investigación potencialmente renovadores, es el concerniente a la identificación, estudio y justipreciación de aquellas propuestas que han invitado a pensar la historia y la realidad de (Latino)América en tanto “conjunto”, buscando superar así los enfoques nacional/nacionalistas, even-

¹⁰ Sobre estas tres dimensiones nuestro colectivo ha realizado contribuciones específicas, previas y posteriores al simposio de 2013. Véanse KOZEL, Andrés; Horacio CRESPO y Héctor A. PALMA (comps.), *Heterodoxia y fronteras en América Latina*, Editorial Teseo, Buenos Aires, 2013; CRESPO, Horacio; Luis G. MORALES y Mina A. NAVARRO (eds.), *En torno a fronteras e intelectuales: conceptualizaciones, itinerarios y coyunturas institucionales*, Editorial Itaca / Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México, 2014; KOZEL, Andrés, Florencia GROSSI y Delfina MORONI (coords.), *El imaginario antiimperialista en América Latina*, Ediciones del CCC, CLACSO / Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, Buenos Aires, 2015. También, el dossier temático “América Latina como civilización”, *Cuadernos del CEL*, núm. 3, marzo de 2017, Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires y la serie de estudios publicados en el marco de la colección “Pensamiento latinoamericano” dentro de la plataforma Teseopress.

tualmente más estrechos, y tendientes a la promoción de unos Estudios Latinoamericanos compuestos por meras sumatorias de aproximaciones a “casos nacionales”. En este sentido, resulta claro que visitar las tesis de Herbert E. Bolton y las series textuales de ellas derivadas es una iniciativa no sólo pertinente, sino además oportuna y plena de significado. También lo es pensar las posibles conexiones entre aquellas tesis y series y otros cauces de reflexión que, aun si correspondientes a otros linajes intelectuales, han tocado núcleos problemáticos que son evidentemente conexos. Dos conclusiones provisionales, entonces. La primera: es hoy difícil, y lo será cada vez más, pensar apropiadamente la historia de América Latina desconectándola de la experiencia hemisférica y global. La segunda: es hoy difícil, y lo será cada vez más, identificar, activar y sostener la serie de mecanismos que nos permitan sustraernos de manera relativamente eficaz a los efectos desarticuladores de una geopolítica del conocimiento que no parece estar, precisamente, al servicio de unos Estudios Latinoamericanos latinoamericanistas. Esta última afirmación, que tiene algo de verdadero y, también, algo de retórico, no debiera eclipsar lo extremadamente problemático que resulta perfilar con alguna claridad qué pudiera o debiera ser hoy, en este clima de crispaciones desoladas, un latinoamericanismo vivo.

Los editores.